

San Juan Crisóstomo

El testimonio de Juan

Todo esto sucedió en Betania, al lado del Jordán, donde San Juan bautizaba. Al día siguiente, San Juan vio venir hacia él a Jesús y exclamó: He ahí el cordero de Dios, he ahí el que quita el pecado del mundo.

1. Magnífica es la sinceridad en el hablar y la humildad para posponer cualquier interés propio a la profesión de fe en Cristo. Es un bien tan admirable, que el Hijo Unigénito de Dios, prometió reconocer ante su Padre al hombre que obra así, a pesar de la sublimidad de esa recompensa. Si tú le confiesas en la tierra, Él te confesará en el cielo. Y si lo haces delante de los hombres, Él lo hará delante de su Padre y de todos los ángeles. Tú haces tu reconocimiento solemne en la tierra, Él en el cielo. Tú, en presencia de hombres, Él ante su Padre y todos los ángeles.

Así era San Juan: no atendía al favor de la multitud, ni al honor ni a nada semejante, sino que todo lo arrojaba a sus pies y predicaba a todos con gran claridad la verdad sobre Cristo. El evangelista precisa incluso el lugar, para poner de relieve el valor con que hablaba aquel elocuentísimo predicador. No en una casa, ni en un rincón oscuro, ni en el desierto, sino en el Jordán, en medio de la multitud, en presencia de cuantos acudían a ser bautizados por él, pues los judíos acudían allí en gran número, hace él esta admirable profesión de fe en Cristo, llena de verdades sublimes, grandes y arcanas, y afirmando no ser digno de desatar la correa de sus sandalias.

¿Cómo señala el evangelista ese lugar? Con las palabras «estas cosas sucedieron en Betania». Y algunos códices más cuidados dicen «en Betabara». Betania no está más allá del Jordán, ni en el desierto, sino junto a Jerusalén. Por eso, no sin razón, cita otros lugares. Como debía narrar acontecimientos que no eran antiguos, sino hacía poco sucedidos, cita como testigos de su narración a quienes se encontraban presentes y habían visto los acontecimientos con sus propios ojos, consignando, además, los lugares en los que se habían cumplido esas cosas. Siendo su firme propósito no añadir nada a la verdad, sino contentarse con narrar lo sucedido, con la mención precisa de los lugares aporta una confirmación que, como ya he dicho, no es de tener en poco en la demostración de la verdad.

«Al día siguiente, Juan vio venir hacia él a Jesús y exclamó: he ahí el cordero de Dios, he ahí el que quita el pecado del mundo». Los evangelistas se distribuyeron los tiempos entre ellos. San Mateo, tras haberse referido brevemente al período que precedió a la prisión del Bautista se dedicó a narrar los hechos sucedidos después. San Juan, por el contrario, en vez de pasar apresuradamente sobre ese periodo, se detiene a tratarlo despacio. El primero, una vez que Jesús fue al desierto, omitiendo todos los acontecimientos intermedios, como, por ejemplo, la predicación de San Juan y él envió de una comisión de judíos para preguntarle su pensamiento y lo mismo

todo lo demás, procede a narrar la prisión del Bautista. Dice: «Habiendo oído Jesús que Juan había sido hecho prisionero, se marchó de allí». El evangelista San Juan, por el contrario, no afrontó este punto del mismo modo, sino que, olvidando la estancia en el desierto, pues de ella ya había hablado San Mateo, cuenta lo acontecido cuando Jesús bajó del monte, y, pasando por alto otros sucesos, agrega: «Todavía Juan no había sido puesto en prisión».

Y me diréis: ¿por qué Jesús acudió a Juan no una, sino dos veces? San Mateo parece insinuar que Jesús fue a bautizarse por necesidad y, para confirmarlo, Jesús dice: «conviene que cumplamos ahora toda justicia». Y San Juan, mediante las siguientes palabras, nos informa de que regresó de nuevo después del Bautismo: «He visto al Espíritu descender en forma de paloma y posarse sobre Él» ¿Por qué fue donde Juan? Y no es sólo que se presentara a él, sino que también estuvo cerca en otras ocasiones, pues dice el evangelista que San Juan lo vio mientras se acercaba. ¿Por qué? Como Juan había bautizado a Cristo junto a otros muchos judíos, para que nadie sospechara que Él acudía al Bautista por los mismos motivos que los demás, para confesar sus pecados y ser purificado, mediante la penitencia, por el bautismo en el río, se acercó para darle ocasión de que él mismo disipara esa sospecha. Y así se hizo cuando el Bautista dijo: «He ahí el cordero de Dios, he ahí a quien quita el pecado del mundo». Quien es tan puro que puede incluso purificar a los demás limpiándolos de sus pecados, evidentemente no se acerca al Bautista para confesar sus pecados, sino para prestar a tan admirable precursor una nueva ocasión de grabar en la mente de sus oyentes las palabras que ya había dicho y para añadir, además, otras enseñanzas.

La expresión «he ahí», revela cómo eran muchos los que aguardaban su llegada con un intenso deseo, acrecentado, también, por cuantas cosas se venían diciendo de El desde había mucho tiempo. Lo llama «cordero» para evocar en la mente de sus oyentes las palabras del profeta Isaías y las prefiguraciones de la época de Moisés y para, mediante un símbolo alegórico, más fácilmente conducirlos hasta la verdad. Bien es verdad, sin embargo, que el antiguo cordero no cargó con los pecados de nadie, mientras que éste llevó sobre sí los pecados de todo el mundo. Él enseguida sustrajo a la ira de Dios al mundo entero, amenazado de ruina. «Era de Él de quien decía: el que viene detrás de mí me precede en realidad».

2. ¿Comprobáis también aquí el sentido que da a la expresión «me precede»? Tras haberlo llamado «cordero» y haber dicho que quitaba el pecado del mundo, dice ahora que en realidad le precede. Indicando claramente que tal precedencia consiste en el poder que Cristo tiene para quitar el pecado del mundo, para bautizar en el Espíritu Santo.

Verdaderamente, parece decir, mi misión no consiste en otra cosa que en anunciar la venida del común benefactor del mundo y en administrar el bautismo de agua. Pero purificar a todos los hombres y derramar sobre ellos el don del Espíritu Santo es obra suya. Este, «me precede», o sea, tiene una gloria mayor que la que yo recibí, «porque era antes que yo».

Avergüencense, por tanto, quienes se hayan adherido al pernicioso error de Pablo de *Samosata, negador de verdad tan evidente*. «Yo no lo conocía». Fijaos en cómo aquí libra a su testimonio de toda sospecha, revelando que no procede del favor o la amistad humana, sino de una revelación divina. Dice «yo no lo conocía». ¿Cómo pudo, entonces, ser digno de fe su testimonio? ¿Cómo puedes proponerlo a los demás cuando tú mismo no le conoces? En realidad, no dice «no le conozco», sino «no lo conocía», mostrándose, de esta suerte, digno de todo crédito. Pues, ¿cómo habría podido hablar de alguien a quien ni siquiera conocía?

«Mas para que fuera manifestado a Israel», «yo he venido a bautizar con agua». Por tanto, él no tenía necesidad del bautismo, y éste no tenía otro fin que el de inaugurar para todos el camino de la fe en Cristo. No dice «para hacer puros a quienes se bauticen», ni «vine a bautizar para librar del pecado» sino «para que fuese manifestado a Israel». Y eso, ¿por qué? ¿No habría sido posible predicar y atraer al pueblo a sí, sin necesidad de bautizar? Sí, pero eso no había sido fácilmente realizable. No habrían acudido a él en tan gran número si no les hubiera bautizado, ni les hubiera sido posible, tampoco, percibir la excelencia de Cristo al compararlo con él.

Porque la multitud, propiamente no acudía a él para escuchar lo que decía. ¿Por qué, entonces? Para recibir el bautismo tras haber confesado sus pecados. A quienes se acercaban a él les eran mostradas las propiedades y prerrogativas concernientes a Cristo y la diferencia entre los dos bautismos. El bautismo de Juan suponía un progreso respecto a la práctica judía y por eso todos acudían a él. Pero, a su vez, éste era aún imperfecto.

Y, ¿cómo reconociste a Cristo? Gracias a la venida del Espíritu Santo, responde. Y para que nadie, por ese hecho, llegara a pensar que Cristo tenía necesidad del Espíritu Santo al modo como nosotros mismos la tenemos, ved cómo se elimina esa sospecha demostrando que la venida del Espíritu Santo tuvo como único fin el de anunciar solemnemente a Cristo. Después de decir «yo no lo conocía», añade «pero quien me mandó a bautizar con agua me dijo: *aquél sobre quien veas descender el Espíritu y posarse sobre Él, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo*». ¿Quedáis convencidos de que el Espíritu Santo descendió para manifestar a Jesucristo?

Verdad es que también el testimonio de San Juan estaba por completo libre de cualquier sospecha. Mas para hacerlo aparecer más digno de crédito, él se remitió a la confirmación que daban el Padre y el Espíritu Santo. Puesto que San Juan predicaba algo tan grande y admirable que suscitaría el estupor de sus oyentes, a saber, que por sí solo Cristo quitaría todos los pecados del mundo y que la magnitud de sus dones se bastaría para cumplir una obra redentora de proporciones inmensas, todo eso recibió una especial confirmación. Viene a probarse, así pues, que siendo Él el Hijo de Dios, que no necesitaba ser bautizado, el Espíritu Santo descendió sólo para manifestarlo. No era potestad de San Juan conceder el Espíritu Santo, cosa que atestiguan los que recibieron su bautismo cuando dicen: «Ni siquiera hemos oído hablar de un Espíritu Santo».

Por consiguiente, Cristo no tenía necesidad del bautismo: ni de ése, ni de ningún otro, sino que, más bien, el bautismo tenía necesidad del poder de Cristo. Pues, en efecto, lo que aún faltaba era que el bautizado fuera hecho digno de recibir el Espíritu Santo. Y eso fue, precisamente, lo que Él aportó cuando vino hasta nosotros. Y Juan dio testimonio, diciendo: «He visto descender al Espíritu Santo en forma de paloma y posarse sobre Él. Yo ni siquiera lo conocía, pero quien me mandó a bautizar con agua, me dijo: Aquél sobre el que veas descender y posarse el Espíritu Santo es quien bautiza en el Espíritu Santo. Y yo lo he visto y he dado testimonio de que es el Hijo de Dios.

San Juan repite con frecuencia esa expresión: «Ni siquiera yo le conocía». Y no por casualidad, sino con un motivo muy definido, porque Cristo era su pariente según la carne. Se lee en el evangelio de San Lucas: «He aquí que tu pariente Isabel ha concebido un hijo...». Para que no pareciera que hablaba en favor de Cristo a causa de su parentesco con él, repite a menudo: «ni siquiera lo conocía». Por otra parte, fue realmente así. Él pasó toda su vida en el desierto, lejos de casa de su padre. Y, ¿por qué, si no le conocía antes de que descendiera sobre Él el Espíritu Santo y le conoció justamente entonces, por qué, digo, se negaba a administrarle el bautismo, diciendo: «soy yo quien debe ser bautizado por ti». Eso era un claro signo de que Cristo era ya conocido, pero no desde hacía mucho tiempo. Lo cual es explicable, pues los milagros acaecidos cuando Jesús era niño, la llegada de los magos y otros semejantes, pertenecían a una época demasiado lejana, cuando Juan mismo era también niño todavía. Durante el resto del tiempo Cristo había permanecido por completo desconocido para él. Si le hubiera sido conocido, Juan no habría dicho: «he venido a bautizar para que sea manifestado a Israel».

3. Por lo que resulta evidente que los milagros que se cuenta obró Cristo siendo niño son falsos, inventados con buena voluntad. De haber obrado milagros cuando todavía era niño, San Juan no lo habría ignorado ni tendría necesidad el resto de sus compatriotas de que nadie les indicara quién era el Mesías. Y, sin embargo, es San Juan mismo quien dice ahora: «para que fuera manifestado a Israel». Y por el mismo motivo también, dijo: «soy yo quien debe ser bautizado por ti». Para señalarlo todavía más claramente lo predicó a las multitudes diciendo: «éste es Aquél de quien dije: tras de mí viene uno que en realidad me precede». Porque «quien me ha mandado a bautizar con agua», y me mandó, precisamente «para que Él fuera manifestado a Israel», Él mismo fue quien se lo reveló a San Juan antes de la venida del Espíritu Santo. Por eso, ya antes de su venida decía: «el que viene detrás de mí, en realidad me precede».

Por tanto, San Juan no le conocía antes de ir al Jordán a bautizar a todos, sino que lo identificó cuando estaba a punto de bautizarlo y ello porque el Padre mismo se lo reveló al profeta. Y a los judíos, por su parte, les fue revelado en el momento mismo del bautismo, por el Espíritu Santo, descendido con ese fin. Para que nadie despreciara el testimonio de San Juan cuando decía «era antes que yo» y «bautiza en el Espíritu» y «juzgará al mundo», el Padre, para anunciar solemnemente a su Hijo, hizo oír su voz. Y

vino el Espíritu Santo para hacer aparecer sobre Cristo la voz que sonaba en el cielo. Y como uno bautizaba y el otro era bautizado, para que nadie por equivocación pensara que la voz se refería a San Juan, descendió el Espíritu Santo.

Cuando San Juan dice «yo no le conocía», hemos de entender que se refiere a un tiempo remoto, no al periodo que inmediatamente precedió al bautismo. De lo contrario ¿por qué razón habría de excusarse de administrarle el bautismo diciendo: «soy yo quien debe ser bautizado por ti»? ¿Y por qué lo habría magnificado tanto?

Pero, me preguntaréis, ¿por qué no creyeron los judíos? Pues no fue San Juan el único en ver a Cristo bajo la paloma. La razón es que para este género de cosas se requiere, no sólo los ojos carnales, sino también un cierto entendimiento para que tales manifestaciones no se juzguen visiones vanas. Si cuando le veían hacer milagros, tocando con sus manos a los enfermos o a los muertos y devolviéndoles la salud y la vida, eran presas de tales accesos de cólera que todo eso les movía a sostener lo contrario de lo que veían, ¿cómo iban a dejar de ser incrédulos por la mera aparición del Espíritu Santo en forma de paloma? Por otra parte, hay quienes afirman que no todos vieron esas apariciones, sino sólo San Juan y los que gozaban de mejores disposiciones. Pues, en efecto, aunque el Espíritu fuera perceptible a todos con los ojos corpóreos en virtud de su descenso con forma de paloma, bien pudo ser que no a todos se hiciera esa revelación. También Zacarías, o Daniel o Ezequiel, tuvieron muchas visiones sobrenaturales bajo apariencias sensibles, sin que por ello compartieran los demás esas contemplaciones. Moisés asistió a muchas apariciones de ese estilo, que pasaron inadvertidas para los otros. No todos los discípulos fueron estimados merecedores de asistir a la transfiguración sobre el monte, ni todos pudieron contemplar las apariciones de Jesús resucitado. A eso se refiere San Lucas cuando dice que «se apareció a los testigos preestablecidos por Dios. Yo le he visto y doy testimonio de que es el Hijo de Dios».

Y, ¿cuando atestiguó San Juan que era el Hijo de Dios? Le llamó «cordero» y dijo de Él que bautizaría en el Espíritu Santo, pero no que fuera el Hijo de Dios. Los demás evangelistas escriben que después del bautismo no dijo nada y, callando los demás acontecimientos sucedidos en el período intermedio, pasan a narrar los milagros cumplidos por Cristo a continuación del encarcelamiento de San Juan. Por donde podemos concluir que ése, como otros acontecimientos, fueron pasados por alto, cosa que, además, ratifica el propio San Juan al final de su evangelio. Los evangelistas fueron tan ajenos a contar cualquier cosa grande acerca de El que todos de acuerdo contaron con todo detalle incluso los hechos que parecían más ignominiosos y no encontraréis que ninguno de ellos oculte ninguno de esos hechos. Y, sin embargo, ocurre a veces que uno no reseña un milagro que sí traen los demás. Y a buen seguro que hay otros milagros que no son contados por ninguno.

No he dicho todo esto sin motivo, sino para refutar la imprudencia de los

paganos. Ese solo argumento basta para probar el amor a la verdad que inspiró a los evangelistas y para demostrar que no dijeron nada pretendiendo complacer a quien quiera que sea. Además de en otros, os podréis hacer fuertes en este argumento cuando os pongáis a discutir con los paganos. En efecto, sería absurdo que un médico, un curtidor, un tejedor o cualquier artesano de cualquier oficio supiera dar muchas razones para defender su oficio y los cristianos no fueran capaces de decir ni una sola palabra en defensa de su fe. Y, sin embargo, en el primer caso la negligencia sólo reporta daños económicos, mientras que en el segundo causa, incluso, la ruina del alma. Nosotros no estamos en condiciones tan deplorables para que dediquemos toda nuestra preocupación sobre nuestras haciendas terrenas, despreciando lo que más importa, lo que constituye el fundamento de nuestra salvación, como si careciera de importancia.

4. A veces, es ése el motivo que impide a los paganos caer en la cuenta de la ridiculez de su error. Porque ellos, basándose en mentiras, hacen cuanto es posible para enmascarar la ignorancia de lo que llaman conocimiento, mientras nosotros, que cultivamos la verdad, no somos capaces, ni siquiera, de abrir la boca. Cuando esto es así, ¿cómo no han de ridiculizar la debilidad de nuestra doctrina? ¿No sospecharán que nuestra doctrina es sólo vanidad e impostura? ¿No blasfemarán de Cristo, pensando que era un impostor mentiroso, que explotó la ignorancia de las masas para arrastrarlas al engaño? Seremos nosotros los responsables de esa blasfemia porque no hemos querido aplicarnos al estudio de los argumentos en favor de nuestra religión, sino que, muy por el contrario, hemos considerado superfluo tal estudio y nos hemos dedicado sólo al cuidado de los negocios terrenales.

Y, sin embargo, incluso los arrebatados de entusiasta admiración por un bailarín, un auriga o un gladiador que combate en la arena, se afanan de mil maneras para que sus favoritos no sean derrotados en las competiciones sobre las que cimientan su prestigio: les alaban más allá de toda medida, construyen una apología para defenderlos de quienes les critican, cubren de insultos a sus adversarios. Y, al contrario, cuando se trata de defender el cristianismo, dan cabezadas, dormitan, se distraen y, por fin, acaban por marcharse a la calle entre las risas y burlas de los presentes. ¿No es verdad que tal comportamiento es digno de suscitar y atraer sobre vosotros la ira divina, pues demostráis sentir menos aprecio por Cristo que por un bailarín? Si tenéis a punto mil argumentos para defender los gestos de éstos últimos, aunque a veces resulten obscenos hasta el extremo y, desde luego, vulgares, cuando se trata de defender la autenticidad de los milagros de Cristo que atraen a Él a todo el mundo, ¿por qué parece que os trae sin cuidado y que no retiene vuestro pensamiento ni siquiera un instante?

Creemos en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, en la resurrección de los cuerpos y en la vida eterna. Si algún pagano os pregunta: ¿Quién es el Padre? ¿Quién es el Hijo? ¿Quién es el Espíritu Santo? ¿Por qué vosotros, que habláis de tres dioses, nos acusáis de politeísmo? ¿Qué contestaríais a eso? ¿Qué diríais? ¿Cómo refutaríais esas objeciones?

¿Qué diríais si, ante vuestro silencio, os preguntaran: qué es la resurrección?

¿Resucitaremos con este mismo cuerpo o con uno distinto del actual? Y, de resurgir con el que ahora tenemos, ¿qué necesidad hay de que se disuelva antes?

¿Qué responderíais a todo eso? Y qué, si os hicieran esta otra objeción: ¿por qué no vino Cristo en la época primera? ¿sólo ahora le ha parecido oportuno ocuparse del género humano, al que había tenido olvidado durante todo este tiempo? ¿Qué, en fin, contestaríais si os preguntaran, además de éstas, otras muchas cosas?

Se impone que, habiendo planteado, una tras otra, tantas cuestiones, no las dejemos ahora sin respuesta para no escandalizar a los más pequeños. Ha bastado lo dicho para despertaros de vuestro sopor. Pero ¿qué sucedería si, cuando ellos os pregunten todo eso, vosotros no hubierais querido prestar atención ni siquiera a estas palabras mías? ¿No os haríais entonces merecedores de un severísimo castigo al haceros responsables de la perseverancia en el error de quienes se sientan en las tinieblas?

Si dispusierais de más tiempo libre, querría traer y enseñaros un libro escrito contra nosotros por un impío filósofo pagano y otro libro escrito por un filósofo más antiguo que éste, para así despertaros y hacer que os quitéis de encima vuestra grandísima pereza. Si quienes se propusieron combatirnos han cumplido su cometido con tanta dedicación, ¿cómo mereceremos nosotros ser perdonados si no sabemos defendernos de los dardos lanzados contra nosotros? ¿Cómo es posible que estemos tan desinteresados de cosas tan importantes? ¿No oís lo que dice el Apóstol? «Estad siempre prontos a dar respuesta a quien os pida razón de vuestra esperanza». También San Pablo nos dirige una amonestación semejante: «la palabra de Cristo habite entre vosotros del modo debido».

No faltan algunos, más necios que nada, que quieren justificarse ante estos reproches nuestros. Dicen, bendita sea el alma simple y «quien camina en la simplicidad, camina confiado». Por desgracia, es fuente de muchísimo mal el que haya tantos que no saben servirse con acierto de los testimonios de la Sagrada Escritura. En ese texto no se quiere hablar del inconsciente que vive en una completa ignorancia, sino de quien, no teniendo maldad ni conociendo el fraude, posee la virtud de la prudencia. Si el significado fuera el que ellos quieren, no se habría dicho: «Sed prudentes como serpientes y simples como palomas».

Pero, ¿a qué continuar hablando de este asunto, si nuestras palabras no van a tener ninguna utilidad? Aparte de lo ya dicho, tampoco en lo demás nos comportamos como conviene, me refiero a nuestra conducta en la vida privada y social. Pues con cualquier excusa somos mezquinos y ridículos, siempre dispuestos a criticar a los otros, pero tardos en corregir los defectos de los que nosotros mismos somos acusados. Os exhorto, por eso, a que prestéis atención para que no haya de reñiros otra vez. Eso no basta para hacer que Dios os sea propicio y benévolo.

Esforzaos, además, por mostrar en toda circunstancia un cambio a mejor, para que, viviendo para la gloria de Dios podáis gozar un día de la gloria celeste, que todos esperamos alcanzar por la gracia y la benignidad de nuestro Señor Jesucristo, glorificado sea y reine por los siglos de los siglos. Amén.

(San Juan Crisóstomo, *Homilías sobre el Evangelio de San Juan*, Ed. Apostolado Mariano, Sevilla, nº 28, 1991, Pág. 215-227)